

la muerte de un ciclista

La trágica muerte de Tom Simpson ha venido a poner orla negra en la tantas veces comentada con ironía cuestión del «doping». Un gran campeón (había ganado Burdeos-Paris en 1963, Milán-San Remo en 1964, la Vuelta a Lombardía y el Campeonato del Mundo en 1965 y Paris-Niza de este año) ha desaparecido, a lo que parece como consecuencia de haber ingerido estimulantes antes de la terrible etapa de Mont-Ventoux. La investigación llevada a cabo, y la propia negativa del doctor Dumas a extender el certificado de defunción antes de que se practicara la autopsia —sobre cuyos resultados nada se ha dicho—, inducen obligadamente a pensar en el «doping».

Muy lejos está de nuestro ánimo hurgar en tan dramático suceso que ha dejado al mundo del ciclismo acongojado, pues Simpson era un «gentleman», un auténtico campeón de la simpatía, y una persona humanísima a juicio de quienes le conocían a fondo. Pero asusta pensar en los muchos Simpson que arriesgan su vida sobre dos ruedas, exigiendo de sus organismos más de lo que puedan dar.

La Vuelta a Francia es dura, algunos dicen que es inhumana, y que habría que suavizarla. Si ello es cierto, no les cabe a los organizadores ninguna parte de culpa en que el «doping» se mantenga más o menos encubiertamente, alentado por el orgullo desmedido de los atletas o azuzado por entrenadores sin escrúpulos.

Con motivo de la Vuelta a Inglaterra de aficionados, hace un año, el español Santamarina fue descalificado de la prueba bajo acusación de haberse drogado. El asunto levantó polvo, pero quedó en agua de borrajas. Si era el muchacho culpable, aunque inconscientemente, hay tipos de generosidad que resultan peligrosos. Un castigo contiene, a veces, más espíritu de piedad, que un perdón mal entendido.

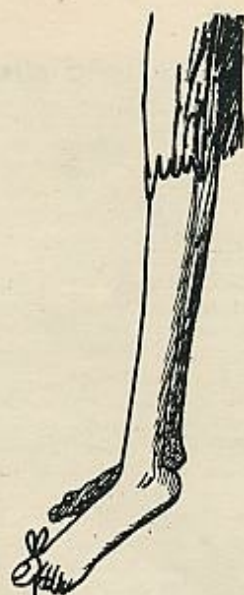
Ahora, en la Vuelta del Porvenir, cuatro corredores, que fueron sometidos previamente a análisis de sangre y orina, fueron separados de la competición antes de la última etapa por demostrar que se habían «dopado». Entre ellos se encontraba el español Mascaró, ganador precisamente del Gran Premio de la Montaña, aunque perdiera el título como consecuencia de su falta.

A Juan Crespo, el director del equipo, la cosa le dolió pero no la ha discutido, limitándose a afirmar algo así «cuando el río suena...». Le corresponde, pues, a la Federación Española, tras el informe que habrá recibido de Crespo y el dictamen médico, dictar su ley. No hay que ser demasiado indulgente si el caso es cierto como al parecer lo es. En realidad, ya debiera estar España en la línea de otros países continentales que han adoptado, con carácter oficial, severas medidas contra el «doping». No es que la frontera entre el estimulante inocente y el «doping» esté muy clara, por lo menos para nosotros los profanos, pero está fuera de duda que cierta clase de medicamentos, hartos conocidos, son nocivos para la salud de los atletas.

Prevenir tragedias como la de Simpson es obligación ineludible de todos cuantos tienen en sus manos el mando del deporte. El caso de Santamarina fue un toque de atención. Este de Mascaró es un aldabonazo demasiado fuerte para que comencemos a camuflarlo con declaraciones y comunicados exhaustivos, donde, al final, la letra acaba por ahogar la verdad, como los árboles a veces no dejan ver el bosque.

Los responsables de nuestro ciclismo no deben ser blandos. Deben proceder con energía, pues con ello no solo harán un bien a Mascaró sino a los centenares de muchachos que, como Mascaró, aspiran al triunfo y a la gloria, sin pensar que los procedimientos que utilizan, en ocasiones, para ello, no corresponden ni a la ética de un buen atleta ni siquiera a las exigencias propiamente humanas. La muerte de Tom Simpson es un ejemplo que nos debe hacer meditar a todos. Y no es suficiente llorar la pérdida de un «cás» de prestigio, simpático y cordial, porque las lágrimas no son más que un síntoma de duelo. Y lo que hace falta es evitar, con una política sana, enérgica y tajante, que ese duelo llegue a producirse.

J. J. CASTILLO



ES INUTIL.
NO LOS
BUSQUEIS.
NO TENIA
NI ZAPATOS

CHUMY
CHUMEZ



CHUMY
CHUMEZ

—El que esté libre de pecado que tire la primera acción.